

VISITA AL PÁRAMO

por Julia
Noviembre 2006

En una caminata en el Páramo entre Silvia y Belalcázar, en el resguardo indígena de Mosoco, el visitante queda enamorado de la áspera belleza de esa vegetación especial, de los diferentes matices de verde, amarillo y café, de las panorámicas que se abren sobre valles y montañas. De pronto se sorprende un poco por la presencia de la brigada contra-guerrilla móvil allá arriba, pero por ahora le interesan otras cosas.

Si tiene suerte y un indígena le invita a su finquita, puede calentarse alrededor del fuego abierto en la cocina, el único lugar que abriga contra el frío y que alumbra desde el atardecer hasta la hora de dormir, y disfrutar de una espesa sopa de maíz, habas, papas y olluco que calienta el estómago y el alma.

Porque electricidad no hay. Acueducto tampoco. Por razones de politiquería, la electricidad llegó a unas pocas casas no más, lo mismo que ocurre con el agua. Las aguas usadas van a las quebradas, porque no hay alternativa.

Cuando el visitante se entera de esos detalles y empieza a preguntar un poco más, se da cuenta de que la vida allá arriba, a más de 3.000 metros de altura, no es fácil y que los problemas que vive la población es más compleja de lo que uno piensa.

Aparte de la falta de energía eléctrica y acueducto, el transporte público es deficiente. Hay un bus al día a Silvia y otro a Belalcázar y no más. En caso de una emergencia, un transporte particular a Silvia vale 80 mil pesos, demasiado para la mayoría de los habitantes de la región.

En las veredas hay escuelas, pero una vez terminado grado quinto, para la mayoría de niños y niñas no hay posibilidad de seguir estudiando. Salen a trabajar con sus padres, ya que la falta de transporte imposibilita ir a un colegio en Silvia o Belalcázar. Más tarde salen a trabajar lejos del páramo, por ejemplo como raspachines a la región del Naya. Regresan de vez en cuando para unos días de descanso y traen consigo las malas costumbres que genera la cultura de los cultivos de uso ilícito, como el alcoholismo, la vida del día-a-día, la pérdida de la identidad propia.

Pero los problemas principales son la falta de tierra apta para agricultura y ganadería, y la riqueza de recursos naturales.

Las familias indígenas, por lo general, son numerosas, tienen hasta diez hijos adultos, y las parcelas son demasiado pequeñas para repartirlas entre ellos. Las buenas tierras, las fértiles, cultivables o aptas para ganadería, las tienen unos pocos latifundistas quienes viven más abajo. Digamos que el problema no es tanto la falta de tierra, sino más bien la injusta distribución de la misma. La cual justifica totalmente las acciones de recuperación de tierras, de "ampliación de terrenos", como lo llaman algunos.

Debido a que no cuentan con suficiente terreno para alimentar el ganado, lo tienen que llevar al páramo. La Ley dice que al páramo le deben dejar quieto, ya que es un ecosistema único y de frágil equilibrio. Además es el hábitat del oso andino, una especie en vías de extinción.

La vegetación única del páramo es dañada de manera irrecuperable por el pisoteo y el pastoreo del ganado; más aún cuando los indígenas tumban la vegetación original para sembrar pasto. Además, en las condiciones edáficas y climáticas del páramo, el pasto crece mal y necesitaría descansos de seis meses entre pastoreo y pastoreo. Pero debido a la escasez de tierra, los

indígenas meten el ganado antes del tiempo indicado, por lo cual el pasto se agota rápido y les toca abrir nuevos terrenos, o sea destruir más páramo.

La militarización del páramo también genera un desequilibrio ecológico, por el pisoteo, el mal manejo de los desechos y basuras de un grupo tan masivo de personas en una zona donde las condiciones ecológicas no permiten el asentamiento humano.

Las consecuencias ecológicas no se dejan esperar: ya notan que en verano se secan fuentes de agua que antes no se secaban.

La única alternativa rentable, que unos pocos acogen, es el cultivo de amapola. En sí muy hermoso, tiene buen precio y las ventajas de que el comprador llega hasta la finca y que siempre hay demanda, que la venta está asegurada.

Según los indígenas, en la región hay varias minas de oro. Ellos mismos no los quieren explotar porque temen que entonces se secarán más fuentes de agua. Pero una empresa transnacional, la “Anglo Gold Ashanti Mines”, a través de su filial en Colombia, no comparte esas preocupaciones. Ha solicitado 7.030 hectáreas en la región para la exploración y explotación del oro.

Otras empresas transnacionales muestran interés en la privatización de la biodiversidad y de los recursos hídricos de esa región del páramo; sin importar que se trata de territorios y recursos ancestrales que no deberían estar en venta.

Con todas esas informaciones, el visitante empieza a entender. Y a tener otras preguntas:

¿Será cierta la argumentación oficial de que la militarización del Páramo se debe a la lucha contra la guerrilla, cuando el Ejército se mantiene a 3.500 metros de altura y la guerrilla pasa más abajo?

¿Será cierto que la militarización se debe a la lucha contra los cultivos de uso ilícito, cuando las parcelas de amapola están a la vista de los soldados y ni siquiera sugieren su erradicación? Pues, no interfieren de ninguna manera.

¿No será más bien cierto que la militarización sirva para asegurar el territorio a las empresas transnacionales, para garantizar la privatización de los recursos naturales, en contra de los intereses legítimos de la población indígena del Páramo?

¿Por qué el Gobierno dice que no hay plata para la tan necesitada inversión social en esa región, cuando gasta la plata en suministrar alimentos a los soldados en helicóptero, tomando en cuenta que un sólo vuelo de ida y vuelta vale diez millones de pesos?

Con esas dudas, el visitante se despide. Se hizo tarde, el fuego se apagó, la caminata fue larga – y la lucha será larga también.